



Esta sección menciona tres de las principales maneras que utiliza la Biblia para describir la obra de Jesús.

El Triple Oficio de Cristo: Profeta, Sacerdote, y Rey

Introducción

El oficio de Cristo tiene que ver con la obra que hizo para nuestra salvación. El nombre hebreo *Mesías* y el nombre griego *Cristo* significan “el ungido”. En el Antiguo Testamento, se practicaba la unción de los: profetas, reyes, y sacerdotes, que Dios elegía. La costumbre de ungir tenía dos significados: (1) que Dios había apartado a la persona para una tarea especial como: profeta, sacerdote, o rey, y (2) que Dios le confería los dones necesarios para llevar a cabo esa tarea.

Dios dirigió a Elías a ungir a Eliseo como su sucesor (1 R. 19:16). Elías dio a entender que Dios había elegido a Eliseo para ser profeta de Israel cuando arrojó su manto sobre él (1 R. 19:19). Eliseo pidió los dones espirituales necesarios para realizar la obra para la que Dios lo llamó (2 R. 2:9,10). Elías dijo que, si Eliseo lo veía cuando fuera llevado al cielo, Dios respondería su petición y le daría los dones espirituales que pidió. Eliseo vio a Elías ir al cielo (2 R. 2:11,12). Recogió el manto de Eliseo, que había caído al suelo, y con ese manto golpeó las aguas del río Jordán, exclamando: “¿Dónde está el Señor, el Dios de Elías?” (2 R. 2:14). Cuando se dividieron las aguas del Jordán, Eliseo supo que Dios le había dado los dones espirituales que había pedido, que lo facultaban para realizar la obra para la que había sido llamado.

El Señor dirigió a Samuel a ungir a David como rey de Israel. Samuel ungió a David, apartándolo para el oficio de rey del pueblo de Dios. David tuvo que esperar largo tiempo hasta la muerte de Saúl antes de convertirse en rey de Israel (cf. 1 S. 17–31), pero desde el momento en que ungió a David, fue apartado para esa tarea. Además, Dios envió al Espíritu Santo sobre David para dotarlo para la tarea que tenía que hacer (1 S. 16:13). David fue el rey a quien se le dio un corazón de pastor para conducir al pueblo de Dios.

Dios hizo que Moisés ordenara a Aarón y a sus hijos como sacerdotes de Israel, en una ceremonia compleja (Lv. 7:35,36; capítulo 8); iban a servir delante del Señor en la adoración en el tabernáculo. Cuando Aarón estaba a punto de morir, pusieron sus vestidos sobre su hijo Eleazar, que fue apartado para tomar su lugar (Nm. 20:28). Solo los sacerdotes señalados podían servir delante del Señor; solo ellos eran apartados y dotados por Dios para ese servicio.

Cada: profeta, sacerdote, y rey, que fue ungido en el Antiguo Testamento, fue una imagen de: el Mesías, el Cristo, el ungido de Dios, apartado y dotado para ser nuestro: Profeta, Sacerdote, y Rey. Como el salmista predijo: “Tu trono, oh Dios, permanece para siempre; el cetro de tu reino es un cetro de justicia. Tú amas la justicia y odias la maldad; por eso Dios te escogió a ti y no a tus compañeros, ¡tú Dios te ungió con perfume de alegría!” (Sal. 45:6,67). El escritor a los Hebreos nos dice que esta profecía se cumplió en Cristo (Heb. 1:8,9).

Dios separó a Jesús para ser nuestro: Profeta, Sacerdote y Rey. Jesús indicó esto cuando citó la profecía de Isaías: “El Espíritu del Señor omnipotente está sobre mí, por cuanto me ha ungido para anunciar las buenas nuevas a los pobres. Me ha enviado a sanar los corazones heridos, a proclamar liberación a los cautivos y libertad a los prisioneros, a pregonar el año del favor del Señor” (Is. 61:1,2; Lc. 4:18,19). Luego, Jesús dijo: Hoy se cumple esta Escritura en presencia de ustedes” (Lc. 4:21). Pedro declaró que Jesús es el ungido de Dios (Hch. 4:27; 10:38). El nombre Cristo, que recibió Jesús, indica que él es el ungido de Dios.

Dios también dotó a Jesús, según su naturaleza humana, con todo don del Espíritu Santo. Jesús no recibió los dones del Espíritu Santo de la manera limitada que los recibieron otros; los recibió sin medida (Is. 11:2; Jn. 3:34). En el bautismo de Jesús hubo certificación pública de eso; allí, el Espíritu Santo descendió en forma de paloma y se posó sobre él. Desde el cielo, Dios el Padre dijo: “Este es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él” (Mt. 3:17). Esto cumplió la profecía de Isaías respecto del Mesías: “Este es mi siervo, a quien sostengo, mi escogido, en quien me deleito; sobre él he puesto mi Espíritu, y llevará justicia a las naciones” (Is. 42:1).

Jesús es el ungido de Dios, el Mesías, el Cristo. Las profecías del Antiguo Testamento indican que Jesús de Nazaret era el Mesías. Cuando Jesús dijo e hizo lo que el Antiguo Testamento predijo de él, las Escrituras mismas lo confirmaron como el ungido de Dios (Mt. 11:1-6). Ahora volvemos la atención al triple oficio para el cual Dios ungió a Jesús: Profeta, Sacerdote, y Rey.

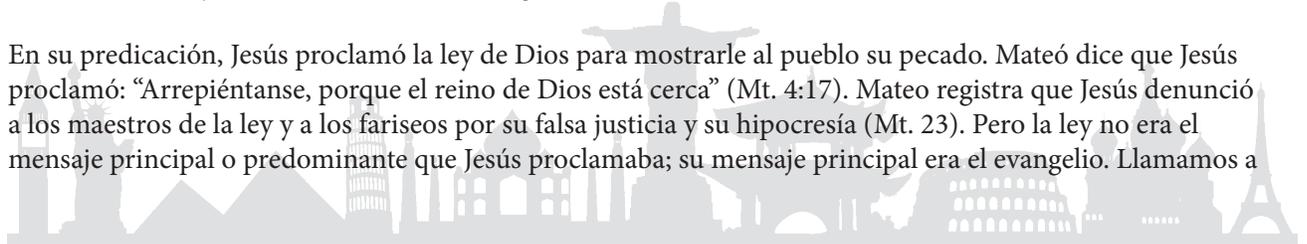
Jesús es nuestro Profeta

El papel del profeta en el Antiguo Testamento era proclamar la Palabra de Dios. El profeta era esencialmente un predicador; Dios le decía que escribiera su Palabra (Éx. 17:14) o que la proclamara (Éx. 19:7,8). En ocasiones, el profeta también proclamaba la Palabra de Dios respecto de lo que iba a ocurrir en el futuro, como hizo Moisés cuando predijo que un día Dios iba a enviar *al profeta* que él, Moisés, prefiguraba (Dt. 18:15). Pero el principal papel del profeta era el de “predicador”, no el de “pronosticador”.

Cada uno de los profetas de Dios en el Antiguo Testamento fue una imagen *del Profeta* que Él iba a enviar en el futuro. El pueblo de Israel esperaba la venida de ese Profeta. Cuando Jesús alimentó a los cinco mil, la gente exclamó: “En verdad, este es el profeta, el que ha de venir al mundo” (Jn. 6:14); recordaron que el profeta Eliseo había alimentado a cien con 20 panes (2 R. 4:42-44). Cuando Jesús resucitó al hijo de la viuda de Naín, todos respondieron: “Ha surgido entre nosotros un gran profeta” (Lc. 7:16); recordaron que Elías resucitó al hijo de la viuda de Sarepta (1 R. 17:22), y que Eliseo resucitó al hijo de la sunamita (2 R. 4:8-37). Como Jesús hizo esos milagros, creyeron que debía ser un gran profeta. La mujer, junto al pozo de Samaria pensó que Jesús era el profeta porque le habló de su sórdida vida sin tener ningún conocimiento previo de ella (Jn. 4:19). Otros en Israel pensaban que Jesús era un profeta resucitado.

Pero, Jesús fue más que un profeta, fue el cumplimiento de todas las prefiguraciones del pasado. Vino a este mundo a hablar las palabras finales de Dios sobre las buenas nuevas de nuestra salvación. Como declara el escritor a los hebreos: “Dios, que muchas veces y de varias maneras habló a nuestros antepasados en otras épocas por medio de los profetas, en estos días finales nos ha hablado por medio de su Hijo” (Heb. 1:1,2). Jesús es el único calificado para decir lo que había en la “mente” de Dios, porque él es Dios. Como declara Juan: “A Dios nadie lo ha visto nunca; el Hijo unigénito, que es Dios y que vive en unión íntima con el Padre, nos lo ha dado a conocer” (Jn. 1:18). Dios mismo designó a Jesús como el cumplimiento de la profecía de Moisés (Dt. 18:15) cuando dijo en el Monte de la Transfiguración: “¡Escúchenlo!” (Mt. 17:5).

En su predicación, Jesús proclamó la ley de Dios para mostrarle al pueblo su pecado. Mateo dice que Jesús proclamó: “Arrepiéntanse, porque el reino de Dios está cerca” (Mt. 4:17). Mateo registra que Jesús denunció a los maestros de la ley y a los fariseos por su falsa justicia y su hipocresía (Mt. 23). Pero la ley no era el mensaje principal o predominante que Jesús proclamaba; su mensaje principal era el evangelio. Llamamos a



la predicación que hacía Jesús de la ley, su obra *extraña*. Su obra propia fue predicar el evangelio. Considere lo que les dijo a los apóstoles: “El Hijo del hombre no vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos” (Mt. 20:28; considere también Jn. 3:14,15).

Jesús no vino a ser un nuevo legislador, como ha afirmado la Iglesia Católica Romana (*Cánones y Decretos del Concilio de Trento*, 1547, Sexta Sesión, Canon 21). Jesús vino a proclamar el evangelio, como escribe Juan: “La ley fue dada por medio de Moisés, mientras que la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo” (Jn. 1:17). Si Jesús no vino a ser un nuevo legislador, ¿cómo explicamos lo que les dijo Jesús a los discípulos el Jueves Santo: “Este mandamiento nuevo les doy: que se amen los unos a los otros. Así como yo los he amado, también ustedes deben amarse los unos a los otros. ¿De este modo todos sabrán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros” (Jn. 13:34,35)? El mandato de amarse unos a otros no es nuevo, era parte de la ley de Dios desde el comienzo. En el Antiguo Testamento, Dios mandó: “Ama a tu prójimo como a ti mismo” (Lv. 19:18). Lo que Jesús les dio a los discípulos esa noche fue una nueva aplicación de un antiguo mandamiento. Cuando Jesús les lavó los pies a los discípulos, les dio un ejemplo del gran amor que les tenía. El amor de Jesús por nosotros nos mueve a amar y a servir al prójimo.

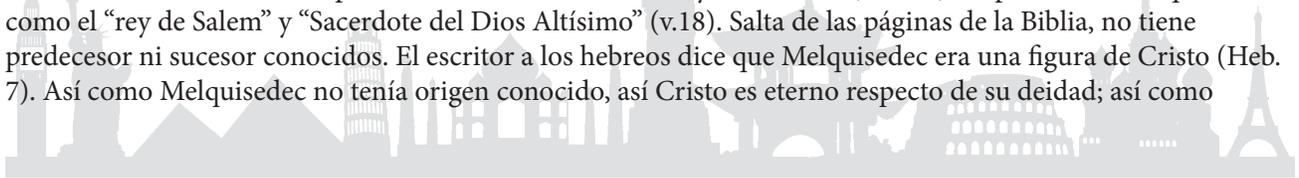
Los apóstoles continuaron la obra profética de Cristo cuando proclamaron el evangelio (1 Co. 2:2). Pero, Cristo no le confió la obra de proclamar el evangelio solo a los apóstoles, sino a toda la iglesia (Mt. 28:18-20; Jn. 20:21-23). Los creyentes difunden por el mundo y comparten el mensaje de Cristo. Hoy, Cristo realiza su obra de proclamar el evangelio por medio de todos los cristianos que lo comparten y por medio de obreros que son llamados a proclamarlo en nombre de otros (Ef. 4:11,12). El oficio profético de Cristo continuará hasta el día en que vuelva a reunir a su iglesia en el cielo nuevo y la tierra nueva que preparará para nosotros.

Jesús es nuestro Sumo Sacerdote

El papel del sacerdote en el Antiguo Testamento era representar al pueblo delante de Dios. Antes del pacto del Sinaí (Éx. 20–31; Lv.), los creyentes del Antiguo Testamento ofrecían personalmente sacrificios a Dios (Abel—Gn. 4:4; Noé—Gn. 8:20; Abraham—Gn. 12:7; 22:13; Jacob—Gn. 35:7). Los sacrificios les recordaban a los creyentes que eran pecadores y necesitaban el sustituto para expiar sus pecados. También eran una expresión de gratitud por las bendiciones de Dios. Pero, en la ley de Moisés, Dios dirigió a los israelitas a llevar sus ofrendas por medio de un sacerdote. El sacerdote los representaba delante de Dios. Eso les recordaba su pecado y la necesidad del Salvador que los representara delante de Dios.

Solo los sacerdotes podían entrar en el Lugar Santo para cumplir su servicio con: el candelabro de oro, la mesa del pan de la presencia, y el altar del incienso (Éx. 40:22-24; 27:21; Nm. 3:10). Solo los sacerdotes podían ofrecer sacrificios en representación del pueblo en el altar y quemar ofrendas (Lv. 17:1-5). Solo el sumo sacerdote podía entrar al Lugar Santísimo una vez al año, el Día de la Expiación (Lv. 16). Como era una imagen imperfecta del Gran Sumo Sacerdote venidero, tenía que primero ofrecer un sacrificio para recordar sus propios pecados. Luego ofrecía sacrificio en representación del pueblo. Finalmente, el sacrificio de Cristo y la absolución de Dios se representaban confesando los pecados del pueblo sobre la cabeza de la víctima propiciatoria que se enviaba al desierto.

El sacerdocio levítico de la línea de Aarón representaba al pueblo ante Dios. Pero ninguno de sus servicios podía expiar un solo pecado (Heb. 10:1-3). Quedaba para el Gran Sumo Sacerdote venir y hacer el sacrificio que iba a expiar todos los pecados de todos para siempre. Ese Sumo Sacerdote no descendía de Aarón, era sacerdote “según el orden de Melquisedec” (Sal. 110:4). Melquisedec fue el sacerdote que encontró Abraham cuando volvía a Sodoma después de derrotar a los cuatro reyes del norte (Gn. 14). Se presenta a Melquisedec como el “rey de Salem” y “Sacerdote del Dios Altísimo” (v.18). Salta de las páginas de la Biblia, no tiene predecesor ni sucesor conocidos. El escritor a los hebreos dice que Melquisedec era una figura de Cristo (Heb. 7). Así como Melquisedec no tenía origen conocido, así Cristo es eterno respecto de su deidad; así como



Melquisedec no tuvo sucesor, tampoco Cristo tiene sucesor. Después de él, no era necesario un sacerdote, porque él hizo el sacrificio que expió los pecados de todos, una vez para siempre.

Jesús eliminó la necesidad de más sacerdotes. Como dice el escritor a los hebreos:

Todo sacerdote celebra el culto día tras día ofreciendo repetidas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados. Pero este sacerdote, después de ofrecer por los pecados un solo sacrificio para siempre, se sentó a la derecha de Dios, en espera de que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies. Porque con un solo sacrificio ha hecho perfectos para siempre a los que están santificados. (Heb. 10:11-14)

Los sacerdotes del Antiguo Testamento ofrecían animales como sacrificios; Cristo se ofreció a él mismo como el sacrificio por los pecados. Como escribe Pablo: “Porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, quien dio su vida como rescate por todos” (1 Ti. 2:5,6; cf. Mt. 20:28). Ningún otro sacrificio lo haría, un humano pecador no puede rescatar a otro. Como escribe el salmista: “Nadie puede salvar a nadie, ni pagarle a Dios rescate por la vida” (Sal.9:7). Solo el Dios hombre sin pecado podía expiar los pecados del mundo. Cristo lo hizo cumpliendo por nosotros la ley de Dios (Gl. 4:4,5). A eso lo llamamos *obediencia activa*. También permitió que fuera castigado por los pecados del mundo entero (2 Co. 5:21; Gl. 3:13), a eso lo llamamos *obediencia pasiva*.

Jesús actuó como nuestro sustituto. A eso lo llamamos su *expiación vicaria*. La naturaleza sustitutiva de la obra de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote fue claramente profetizada por Isaías, quien escribió: (los pronombres que indican la naturaleza sustitutiva de la obra de Cristo se marcan con itálicas.)

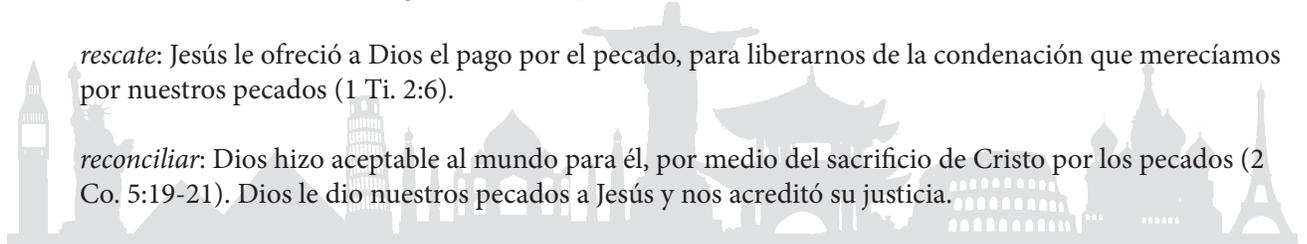
Ciertamente *él* cargo nuestras enfermedades
y soportó *nuestros* dolores,
pero nosotros lo consideramos [*a él*] herido, golpeado por Dios,
y humillado.
Él fue traspasado por *nuestras* rebeliones,
y molido [*él*] por nuestras iniquidades;
sobre *él* recayó el castigo, precio de *nuestra* paz,
y gracias a *sus* heridas fuimos [*nosotros*] sanados.
Todos [*nosotros*] andábamos perdidos, como ovejas;
cada uno seguía su propio camino;
pero el Señor hizo recaer sobre *él*
la iniquidad de todos *nosotros*. (Is. 53:4-6)

Cristo se ofreció a Dios como el pago para rescatarnos del pecado. Jesús no pagó su rescate al diablo, sino que satisfizo la justicia de Dios, para que Dios pudiera declararnos no culpables de nuestros pecados. El Hijo de Dios se hizo carne y se ofreció a él mismo como el pago supremo por los pecados de todos; él guardó la ley por todos. Así, Dios perdonó los pecados de todo el mundo por el pago perfecto de Cristo. En relación con la expiación vicaria de Cristo, notamos los siguientes términos:

expiación: Jesús nos hizo “uno” con Dios cubriendo con su sangre los mandamientos que nos condenaron. A la manera como un pararrayos toma la carga de electricidad y la desvía de un edificio, así Cristo tomó sobre él el castigo de nuestros pecados (1 Jn. 2:2).

rescate: Jesús le ofreció a Dios el pago por el pecado, para liberarnos de la condenación que merecíamos por nuestros pecados (1 Ti. 2:6).

reconciliar: Dios hizo aceptable al mundo para él, por medio del sacrificio de Cristo por los pecados (2 Co. 5:19-21). Dios le dio nuestros pecados a Jesús y nos acreditó su justicia.



redimir: Jesús hizo el pago que nos rescató de la condenación que merecíamos por nuestros pecados (Tito 2:14).

justificación forense: Por el sacrificio de Cristo, Dios cambió nuestro estado de condenados al de absueltos (Ro. 4:5).

justificación objetiva: La justificación es completa, independientemente de si alguien lo cree o no lo cree. Es incondicional. La fe recibe el beneficio de la justificación, no completa la justificación (Ro. 3:3).

justificación universal: Jesús pagó los pecados de todo el mundo. Sé que Jesús murió por mí, porque murió para pagar los pecados de todos (1 Jn. 2:2).

justificación subjetiva: Mediante la fe, recibimos el beneficio de lo que hizo Jesús por nosotros. Por la incredulidad personas pierden el beneficio de todo lo que hizo Jesús por ellas (Mc. 16:16).

Jesús hizo su obra como nuestro Sumo Sacerdote para expiar nuestros pecados (Jn. 19:30). ¿Ha terminado su obra como Sumo Sacerdote? No, sigue sirviendo como nuestro Sumo Sacerdote, al interceder por nosotros. Vimos a Jesús intercediendo a favor de sus discípulos en la noche del jueves Santo (Jn. 17); allí oró para que Dios lo fortaleciera para su obra; oró para que el Señor fortaleciera a los discípulos para los momentos difíciles alrededor de su crucifixión. También oró por todos los que íbamos a ser creyentes en él por medio de los escritos de los apóstoles. Jesús oró aún por sus enemigos mientras estaba en la cruz (Lc. 23:34).

La Biblia dice que Jesús sigue intercediendo por nosotros. Juan escribe: “Si alguno peca, tenemos ante el Padre a un intercesor, a Jesucristo, el Justo” (1 Jn. 2:1). Ni la virgen María, ni un santo, ni un ángel, pueden interceder por nosotros; solo Cristo puede ofrecer su obra expiatoria a Dios en nuestro nombre (Ro. 8:34); su intercesión es de gran consuelo para nosotros; es permanente, siempre puede ayudar completamente. Como dice el escritor a los hebreos: “Pero como Jesús permanece para siempre, su sacerdocio es imperecedero. Por eso también puede salvar por completo a los que por medio de él se acercan a Dios, ya que vive siempre para interceder por ellos” (Heb. 7:24,25).

La intercesión de Jesús también nos consuela porque él puede identificarse con nosotros, él fue probado como somos probados nosotros. El escritor a los hebreos dice también: “Por eso era preciso que en todo se asemejara a sus hermanos, para ser un sumo sacerdote fiel y misericordioso al servicio de Dios, a fin de expiar los pecados del pueblo. Por haber sufrido él mismo la tentación, puede socorrer a los que son tentados” (Heb. 2:17,18).

Es un gran consuelo tener la seguridad de que Jesús es nuestro Sumo Sacerdote. Mi pecado se hizo suyo; su justicia está acreditada en mi cuenta. Él sufrió el castigo por mis pecados; su pago cubre todos mis pecados. Por mí él venció: el pecado, la muerte, y el infierno. Su victoria es mi victoria por medio de la fe. Como verdadero hombre, él fue probado como lo soy yo. Él defiende mi caso ante Dios. Puedo poner mi esperanza de vida eterna en su perfecta obra redentora.

Jesús es nuestro Rey

El ideal divino de rey en el Antiguo Testamento era el de un pastor de su pueblo (2 S. 5:2; 7:7). Jesús dice que él es el Buen Pastor (Jn. 10:11). Parte de su oficio real es cuidar a su pueblo como un pastor. El profeta Natán predijo que el descendiente de David iba a ser el Rey que Dios iba a enviar a este mundo. Natán le dijo a David: “Tu casa y tu reino durarán para siempre delante de mí; tu trono quedará establecido para siempre” (2 S. 7:16). El ángel Gabriel indicó que esta profecía se iba a cumplir en el niño nacido de María (Lc. 1:33). Jesús indicó que él es el Rey cuando le dijo a Pilatos; “Eres tú quien dice que soy rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo; para dar testimonio de la verdad” (Jn. 18:37).

La obra de Jesús como Rey, fue diferente de la que la gente de su tiempo esperaba; ellos esperaban un rey que les diera gratuitamente alimento y asistencia en salud. Por eso quisieron hacer rey a Jesús después de que alimentó a los cinco mil (Jn. 6:15). Por eso, muchos lo buscaron porque vieron sus milagros de curación (Mt. 8:16,17). Buscaban a alguien que los libertara de Roma y los convirtiera en una nación poderosa, como la que había sido bajo los reinados de David y Salomón (Lc. 17:20). Ni aun los discípulos de Jesús entendieron plenamente la naturaleza de su reino (Mc. 10:37; Hch. 1:6). Pero, el reino de Jesús no es terrenal, él dijo que es de naturaleza espiritual (Jn. 18:36), consiste en su gobierno en el corazón de los que creen en él (Lc. 17:21).

La Biblia habla del reino de Dios (Mt. 12:28) y del reino de Cristo (Mt. 16:28); ambos son idénticos. El reino le fue dado a Cristo por su Padre; como Mediador nuestro, le fue dado a su naturaleza humana. En su estado de exaltación, Jesús ejerce plena y constantemente la autoridad y el poder que le da su naturaleza divina a su naturaleza humana. La palabra reino denota la actividad de gobierno de Dios o de Cristo. El reino de Cristo no consiste en un grupo de personas o de cosas que gobierna; el foco está en la actividad de gobernar.

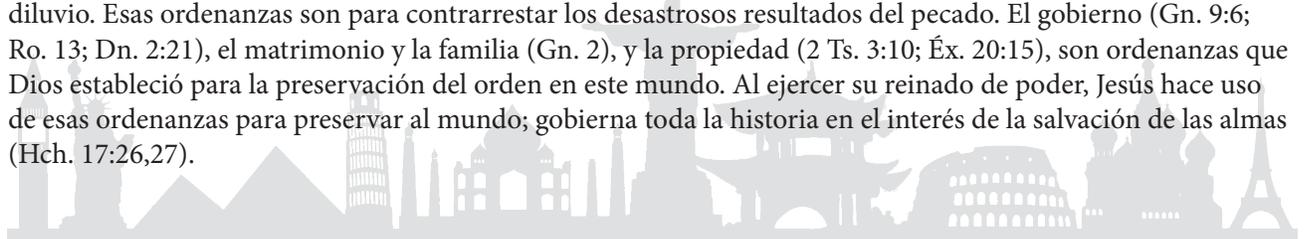
Jesús venció al pecado y a Satanás por nosotros, quebró el poder que tenía el diablo sobre nosotros, que era acusarnos de los pecados. Cristo ha enviado al Espíritu Santo para llevarnos a la fe. Él reina en nuestro corazón para que le sirvamos con gozo como nuestro Señor y Rey. Su reinado sobre nosotros hoy es realmente un reino, pero la Escritura menciona tres esferas distintas de su reino. El reino de Jesús es: de poder, de gracia, y de gloria. El reino de poder es el gobierno que ejerce sobre el universo. El reino de gracia es su reinado en el corazón de los creyentes en él. El reino de gloria es donde reina Cristo en el cielo y pastorea allí a sus creyentes. La teología reformada restringe el reino de Cristo solo a los que Dios elige y deja los demás al Padre (porque los reformados niegan la comunicación de las propiedades de la naturaleza divina a la humana). También desean ver un reino visible de Cristo sobre la tierra, aunque Cristo dijo que su reino era invisible y no de este mundo.

El reino de poder de Jesús es donde él gobierna este mundo para beneficio de su iglesia

Jesús, como el Hijo de Dios, gobierna el mundo desde el comienzo, junto con el Padre y el Espíritu Santo. Como el Hijo del Hombre, la autoridad le fue dada a su naturaleza humana por la naturaleza divina. Jesús, según su naturaleza humana, gobierna con todopoderoso poder sobre el mundo; es inútil que los incrédulos se rebelen contra él. Como dice el salmista: “Las gobernarás con puño de hierro; las harás pedazos como a vasijas de barro” (Sal.2:9). Jesús gobierna este mundo para que todas las cosas obren para el bien de su iglesia. Como escribe Pablo:

[Dios] lo resucitó de entre los muertos y lo sentó a su derecha en las regiones celestiales, muy por encima de todo gobierno y autoridad poder y dominio, y de cualquier otro nombre que se invoque, no solo en este mundo sino también en el venidero. Dios sometió todas las cosas al dominio de Cristo, y lo dio como cabeza de todo a la iglesia. Ésta, que es su cuerpo, es la plenitud de aquel que lo llena todo por completo. (Ef. 1:20-23)

El reino de poder de Cristo se extiende por todo el universo. En el comienzo, Dios creó el mundo perfecto, lo creó para beneficio del hombre, y también le daba gloria a Dios. Pero, cuando Adán y Eva pecaron, fueron expulsados del paraíso. Si Dios los hubiera dejado a sus propios designios pecaminosos, este mundo hubiera estado en caos total. Pero, Dios aun quería que el mundo que creó sirviera para el beneficio de los humanos y para la promesa que hizo del Salvador. Para permitir que el evangelio sea proclamado en el mundo, Dios todavía lo preserva y lo sostiene por medio de las ordenanzas que estableció en la creación y después del diluvio. Esas ordenanzas son para contrarrestar los desastrosos resultados del pecado. El gobierno (Gn. 9:6; Ro. 13; Dn. 2:21), el matrimonio y la familia (Gn. 2), y la propiedad (2 Ts. 3:10; Éx. 20:15), son ordenanzas que Dios estableció para la preservación del orden en este mundo. Al ejercer su reinado de poder, Jesús hace uso de esas ordenanzas para preservar al mundo; gobierna toda la historia en el interés de la salvación de las almas (Hch. 17:26,27).



Como Jesús gobierna este mundo, sabemos que las cosas no ocurren por azar. El Señor no ha prometido que no tendremos pruebas en este mundo; al contrario, nos ha dicho que esperemos sufrir por su causa (Hch. 14:22; 1 Pe 4:12). Pero sabemos que el mismo Señor que murió por nosotros y resucitó, vive para hacer que todo obre para nuestro bien (Ro. 8:28). Jesús: es Rey, es misericordioso, paciente, no quiere que nadie perezca (2 P. 3:9). También nos ha dado la promesa de que el infierno nunca prevalecerá sobre su iglesia (Mt. 16:18).

El reino de gracia de Jesús es su gobierno en el corazón de los creyentes en él

Todas las personas, por naturaleza, están bajo el reinado de poder de Cristo, nacen en él. Solo por la acción de Dios, por medio del evangelio y el bautismo, somos convertidos en miembros del reino de gracia de Cristo. Por medio del evangelio (Ro. 1:16) y del bautismo (Ti. 3:5), Dios crea la fe en nuestro corazón. Por esos mismos medios de gracia, y también por la cena del Señor, Cristo preserva su reino en nuestro corazón. Las iglesias reformadas, siguiendo a Ulrico Zwinglio (m. 1531), niegan que Dios realice su reino de gracia solo por los medios de gracia; creen que el Espíritu Santo no necesita vehículos para entrar y para obrar en el corazón humano. Pero, la Escritura enseña otra cosa.

Jesús dijo que su reinado entre nosotros es invisible. Es el gobierno en el corazón de los creyentes en él (Lc. 17:21). Cuando Dios obra la fe en nuestro corazón, establece ahí su reino, nos rescata del poder del diablo y nos da vida en Cristo (Ef. 2:5). Nos da una nueva voluntad que se deleita en hacer la voluntad de Dios (Ro. 7:2). Cristo no realiza su gobierno por compulsión. Por medio del evangelio y los sacramentos, Cristo desarrolla en nosotros un profundo aprecio por su gracia; por eso, según el nuevo hombre en nosotros, deseamos servirle.

Como el reino de gracia de Cristo no es de este mundo, no interfiere con los reinos terrenales, no socava ni derroca ningún gobierno terrenal, no es revolucionario. Los que defienden el evangelio social o la teología de la liberación anhelan un reino de Dios en la tierra. Pero el reino de Cristo no defiende el derrocamiento de los gobiernos que existen (Ro. 13:1-7). El reino de Cristo no se extiende por la fuerza ni por la espada, se establece por la proclamación del evangelio (Mt. 28:18-20).

Cristo es también la cabeza de la iglesia, es el Rey de su reino de gracia. No hay cabeza visible de la iglesia en la tierra; ningún Papa ni otro funcionario pueden reclamar ser la cabeza de la iglesia. La Iglesia Católica Romana está en un error cuando afirma que el reino de gracia de Cristo es una organización visible; es invisible, porque la fe y la obra del Espíritu Santo no se pueden ver.

Gracias a Dios que, por su gracia, estamos en el reino de gracia. Como escribe Pablo: “Ahora, hermanos, quiero recordarles el evangelio que les prediqué, el mismo que recibieron y en el cual se mantienen firmes” (1 Co. 15:1). Como Cristo gobierna en nuestro corazón por los medios de gracia, tenemos en gran aprecio esos medios por los cuales él nos preserva en su reino para la vida eterna.

El reino de Gloria de Cristo es su reino en el cielo donde está acompañado por sus santos

Surge la pregunta: ¿Cómo puede reinar Jesús en el cielo, si la Biblia dice que, al final de los tiempos, entregará todas las cosas en las manos del Padre? (1 Co. 15:24,28). Aquí debemos recordar nuevamente la naturaleza dual de Cristo. Como Dios, él reinará en el cielo con el Padre y con el Espíritu Santo; como hombre, le es dado ese reino. Cristo, según su naturaleza humana, sigue siendo “menor” que el Padre, aunque la naturaleza humana ha recibido propiedades de la naturaleza divina. Como el Padre le ha dado un reino, Cristo lo compartirá con nosotros; Jesús les dijo a los apóstoles: “Les concedo un reino, así como mi Padre me lo concedió a mí, para que coman y beban en mi mesa en mi reino, y se sienten en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel” (Lc. 22:29,30).



El reino de Gloria de Jesús no será en este mundo, contaminado por el pecado. Este mundo será destruido por fuego al final de los tiempos (2 P. 3:10). Cuando los creyentes mueren, su cuerpo se descompone, pero el alma entra en la presencia de Dios (Fil. 1:23). El Último Día, todos los muertos en Cristo resucitarán y junto con los que aun estemos vivos seremos arrebatados en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire y presentarnos ante el juicio de Cristo (1 Ts. 4:16,17). Los creyentes vivirán para siempre en el cielo nuevo y la tierra nueva con el Señor (2 P. 3:13; 1 Ts. 4:17).

Muchas veces, la Biblia describe el cielo en términos de lo que no habrá allí, en vez de lo que habrá. El salmista escribe: “Me llenarás de alegría en tu presencia, y de dicha eterna a tu derecha” (Sal. 16:11). ¿Qué es la dicha eterna? No la hemos experimentado en este mundo de pecado, por eso la Biblia describe el cielo en términos de lo que no habrá allí; dice de los que están en el cielo:

Están delante del trono de Dios,
y día y noche le sirven en su templo;
y el que está sentado en el trono les dará refugio en su santuario.
Ya no sufrirán hambre ni sed;
No los abatará el sol,
ni ningún calor abrasador.
Porque el Cordero que está en el trono los pastoreará
y los guiará a fuentes de agua viva;
Y Dios les enjugará toda lágrima de sus ojos.
(Ap. 7:15-17)

Mientras vivamos en este mundo, pertenecemos a la iglesia militante (la iglesia en la tierra, que quiere dar la buena batalla de la fe). Estamos asediados por los problemas que el pecado les causa a los pecadores que viven en el mundo corrupto; cuando estemos en el cielo, seremos miembros de la iglesia triunfante (la iglesia que reina victoriosamente con Cristo).

Aunque somos pecadores, hemos sido lavados por la sangre del Cordero, vestidos con su justicia (Ap. 7:9). Jesús ha prometido que nos dirá: “Vengan ustedes, a quienes mi Padre ha bendecido; reciban su herencia, el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo” (Mt. 25:34). Entonces, como dice Pablo, “Estaremos con el Señor para siempre” (1 Ts. 4:17).

En gozosa expectativa, entonces, decimos con el escritor del himno:

Oh, célica Jerusalén,
Oh, ¿cuándo te veré?
Tu gloria, que los justos ven,
Oh, ¿cuándo tozar?
Amada patria celestial,
Ajena de dolor,
A los que agobia triste mal
consolará tu amor. (CC 342:1)

~~~~~

Excerpt taken from DE TAL MANERA AMÓ DIOS AL MUNDO (*God so Loved the World*)

Copyright © 2021 | MLP Cat No: 385085

academicristo.com

